

La identidad en riesgo: orientaciones socioeducativas

Valentín Martínez-Otero Pérez *

Resumen. Este artículo destaca algunos aspectos teórico-prácticos en torno a la identidad. Se revisa, por ejemplo, el concepto de identidad y se defiende su condición unitaria y compleja, esto es, “unidiversa”. Tras señalar diversas fuerzas que operan en contra de esta compleja realidad psíquica, se muestra que la erosión de la identidad básica se produce tanto en la escuela como en la familia, al igual que en otros ámbitos, como el sociopolítico. Posteriormente, se insiste en la capacidad estructurante del mundo emocional sobre la identidad y se proporcionan claves de alcance pedagógico para su fortalecimiento.

Palabras clave: identidad “unidiversa”; riesgo; claves pedagógicas; orientaciones socioeducativas.

A IDENTIDADE EM RISCO: ORIENTAÇÕES SOCIOEDUCATIVAS

Resumo. Este artigo destaca alguns aspectos teórico-práticos em torno da questão da identidade. Por exemplo, o conceito de identidade é revisado e defende-se sua condição unitária e complexa, isto é, “unidiversa”. Após apontar as diversas forças que operam contra essa realidade psíquica complexa, é demonstrado que a erosão da identidade básica ocorre tanto na escola quanto na família, bem como em outros campos, como o sociopolítico. Posteriormente, é enfatizada a capacidade estrutural do mundo emocional sobre a identidade e são proporcionadas chaves de alcance pedagógico para o seu fortalecimento.

Palavras chave: identidade “unidiversa”; risco; claves pedagógicas; orientaciones socioeducativas.

IDENTITY AT RISK: SOCIO-EDUCATIONAL ORIENTATIONS

Abstract. This article focuses on some theoretical-practical aspects of identity. It reviews, for example, the concept of identity and defends its singular and complex condition, that is, “unidiversa”. By pointing out various forces that operate against this complex psychic reality, it is shown that the erosion of basic identity takes place both in the school and in the family, as in other areas, such as the sociopolitical. Subsequently, the capacity of the emotional world to give structure to identity is emphasised and keys of pedagogical scope for its strengthening are provided.

Keywords: Identity “unidiversa”; risk, key pedagogical; socio-educational orientations.

* Departamento de Teoría e Historia de la Educación, Universidad Complutense de Madrid, España.

1. INTRODUCCIÓN: SOBRE EL CONCEPTO DE IDENTIDAD

La plural concepción existente en torno a la identidad, al igual que la relativa novedad científica y su complejidad explican la confusión reinante en este ámbito. Esta problematicidad del tema se registra, por ejemplo, en la profusión de definiciones no siempre coincidentes, en la existencia de realidades psicológicas próximas que dificultan su demarcación, así como en la dificultad pedagógica para promover su saludable despliegue.

Pese a los escollos señalados, nuestra aproximación teórica nos lleva a consignar que *identidad* es la conciencia que la persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás. El 'yo' es su instancia primordial, aglutinadora de vivencias y experiencias. Merced a la identidad el sujeto se conoce y se reconoce singular y autónomo, pero a la vez con toda su esencialidad humana y apertura a los otros. La identidad permite advertir el conjunto de señas individuales (*identidad personal*) o colectivas (*identidad comunitaria*) propias que nos distinguen de las demás personas, comunidades, culturas o países, por ejemplo, nuestra identidad como españoles o brasileños, o nuestra identidad como investigadores o profesores. La complejidad sube de grado si se tiene en cuenta que la persona no es realidad acabada ni absolutamente independiente, sino inconclusa, abierta y ligada a cuanto le rodea. De hecho, la identidad se construye y reconstruye permanentemente a través de la relación con los otros. Aunque haya algo que siempre permanezca, la identidad varía con el tiempo, ya que "soy el mismo, pero no lo mismo".

182

Marcús (2011, p. 108) nos recuerda que diversas disciplinas han emprendido un proceso de deconstrucción de la noción de identidad. La identidad ya no se presenta como realidad unificada, integral e inmóvil sino que se construye como un proceso dinámico, relacional y dialógico. Desde esta perspectiva, la identidad tendría un carácter inestable y múltiple, no estático, y se configuraría a partir de procesos de negociación en el curso de las interacciones cotidianas.

En este artículo sostenemos que la identidad es *una y compleja*, vale decir, "unidiversa". Pese a sus vertientes disímiles esta amalgama psicológica no tiene por qué perder su integridad. La constatación de distintas dimensiones identitarias no quiebra su unidad, pero impone, por un lado, flexibilidad en su consideración y, por otro, sensibilidad pedagógica, pues su naturaleza se torna a veces escurridiza y su curso está sujeto a fluctuaciones. Pensemos, a este respecto, en el impacto que sobre la estructuración de la *identidad personal* tienen tanto los factores disposicionales y constitucionales como los psicocioculturales, entre los que destacan los educativos.

Aun cuando las primeras etapas de la vida tienen una influencia capital en la forja de la identidad, su plasticidad se extiende a todo el discurrir vital y también la posibilidad de orientarla formativamente.

Por la identidad la persona dirige la mirada hacia sí misma, se autodescubre y organiza su propia realidad. Mantiene gran cercanía con el autoconcepto. La identidad permite al hombre tomar posesión de sí mismo y responder, siquiera sea provisional y parcialmente, a la pregunta *quién soy*. Llegado este punto, valga la digresión cervantina que sigue, porque no deja de ser curioso que Alonso Quijano, tras la paliza que le da un mozo de mulas, y expuesto a la potencia distorsionante de un delirio de errónea autoidentificación¹ que le lleva a creerse el señor Valdovinos y el moro Abindarráez, llegue a afirmar (Cervantes 1994): “Yo sé quien soy, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías” (I, 5).

Tal vez tenga interés para el estudio del escurridizo concepto de identidad la pregunta por las llamadas “realidades múltiples”, un concepto formulado por Schutz (1899-1959), sociólogo y filósofo austriaco de origen judío, quien, a partir de la noción de “subuniversos” del filósofo y psicólogo William James (1842-1910), sostiene que probablemente hay un número infinito de órdenes diversos de realidad, cada uno con su singular, especial y distinto estilo de existencia. Entre ellos hallamos el mundo de los sentidos o de las “cosas” materiales, tal como se experimenta cotidianamente, y que es la realidad por excelencia. También cabe pensar, por ejemplo, en el mundo de la ciencia; en el mundo sobrenatural de la religión, en el mundo de las opiniones individuales y en el mundo de la locura. Pues bien, la tesis que presenta Schutz (1955) es la de que *El Quijote* trata sistemáticamente del problema mismo de las realidades múltiples, y que muchos aspectos de las aventuras de Don Quijote son variaciones elaboradas sobre cómo experimentamos la realidad. Un problema que tiene muchos aspectos, que se entrelazan dialécticamente: el mundo de la locura de Don Quijote, el mundo de la caballería, el mundo de la realidad primordial de la vida diaria en la que se desenvuelven con sencillez numerosos personajes, etcétera.

Desde la perspectiva de Schutz (1955), la identidad, más allá de su singularidad, precisa para su construcción una estructura esencial de conexiones experienciales e interpretativas con el prójimo, hasta el punto de que “si esta creencia en la identidad esencial de la experiencia intersubjetiva del mundo se viene abajo, entonces se destruye la posibilidad misma de establecer

¹ Un excelente estudio psicopatológico sobre el personaje principal de nuestra novela cimera es el realizado por Alonso Fernández (2005).

comunicación con el prójimo” (p. 318). En nuestra interpretación, la identidad se construye en distintas “realidades múltiples” llamadas a entreverarse, una suerte de “subuniversos” que no tienen por qué ser totalmente incompatibles o incomunicables. En esta multiplicidad de ámbitos interconectados se configura la identidad, por la que la propia realidad personal adquiere significación y sentido. Esa identidad subjetiva se configura intersubjetivamente, es decir, merced a la interacción con otras subjetividades, y se objetiva a través de las realizaciones individuales y colectivas.

A este respecto, el reconocimiento de la complejidad, o sea, de lo que está tejido de elementos diversos, tanto en el ser humano como en la realidad, tal como plantea por ejemplo el intelectual francés Morin (2001), permite enfocar desde la pedagogía escolar y social el despliegue de una identidad unidiversa saludable. Un proceso que desde la perspectiva hermenéutica que Ricoeur (1989) plantea acontece con la mediación de la narración, posibilitadora de autocomprensión, esto es, una identidad que se torna inteligible merced al relato que nos constituye y aguarda.

La identidad, por otra parte, se relaciona estrechamente con la personalidad que le sirve de soporte. El despliegue saludable de la personalidad, gracias a un sólido sostén sociofamiliar, previene los trastornos identitarios. Ante la debilitación de los lazos interhumanos en la familia, la escuela y la sociedad nada tiene de extraño que se hayan intensificado las crisis de identidad.

184

Dejamos atrás este esbozado marcaje de la identidad que por su relevancia teórico-práctica reclama el concurso urgente de diversas disciplinas, para ampliar el análisis con algunas consideraciones de alcance pedagógico.

2. LA EROSIÓN DE LA IDENTIDAD

Frente a planteamientos de variada índole disciplinar que se adhieren a la tesis de las “identidades múltiples”, quiero clamar desde aquí en pro de la identidad en cuanto *realidad unitaria y compleja*. Hay autores que, basándose en la complejidad personal, defienden la existencia de “identidades”. En cambio, aquí se afirma que la identidad está expuesta a grave riesgo de fragmentación y que es menester impulsar una educación integral que contrarreste las fuerzas que amenazan con cuartear al sujeto. La Pedagogía no puede sumarse a la corriente disgregadora de la identidad. Para dar cuenta del vasto paisaje identitario no se precisa parcelarlo.

La posición que me parece más ajustada a la realidad y pedagógicamente más beneficiosa defiende que la identidad es una, pero flexible, multidimensional y compleja. Juan, por ejemplo, sigue siendo el mismo, aunque tenga que compatibilizar la condición de padre, el trabajo como profesor, el rol de alumno en un curso de reciclaje docente, la labor de entrenador voluntario en un equipo deportivo del barrio y la eventual responsabilidad como presidente de la comunidad de vecinos.

La afirmación de la *unidad identitaria personal*, no es óbice para que pueda hablarse desde una perspectiva teórico-descriptiva de diversas “identidades” o, quizá mejor, de diferentes vertientes de la identidad (cultural, social, nacional, religiosa...), según el aspecto en que centremos el análisis. La complejidad de la identidad personal permite igualmente distinguir varias “identidades”: lo que uno es (“identidad real”), lo que cree ser (“identidad autopercebida”), lo que los demás creen que es (“identidad heteropercebida”) y lo que quiere ser (“identidad ideal”), entre las que se establece un juego enmarañado.

Resulta evidente, por otro lado, que el peligro de que se escinda la identidad no dimana exclusivamente de cierto sector teorizante. La contextura de la sociedad actual nos permite distinguir otras amenazas, entre las que cabe citar al menos las siguientes:

- La creciente instalación en un entorno tecnificado y el consiguiente alejamiento de la naturaleza. El nuevo paisaje artificial o *tecnocosmos* exige incesantes reajustes psicológicos que incrementan la alienación (derivado del latín *alius* = otro) del sujeto.
- Las relaciones interhumanas caracterizadas por el individualismo y la competitividad. En estas circunstancias, se inhiben sentimientos favorecedores de encuentro y amistad, necesarios para la construcción identitaria saludable, a la par que afloran la agresividad y la discordia.
- La corriente pragmatista y racionalista arrastra a los sujetos hacia la *enajenación* (del latín *in*, *en*, y *alienāre*) emocional. Incluso la alexitimia, cuya etimología (*a* = no; *lexis* = palabra; *thymos* = afectividad) nos indica que la persona es incapaz de expresar sus sentimientos, se ha llegado a relacionar con un ambiente educativo, social y cultural altamente competitivo y represivo. Se trata de un constructo clínico con mayor prevalencia en los hombres que en las mujeres y que suele acompañarse de un deterioro de la fantasía y de gran dificultad para identificar

las experiencias afectivas. Con frecuencia predispone a los trastornos psicósomáticos.

- La inadecuada canalización del fenómeno migratorio, que puede desembocar en asimilación, segregación, compensación o pugna. La identidad personal y social tanto de inmigrantes como de autóctonos se ve amenazada por el “multiculturalismo caótico”, entendido como mera coexistencia de culturas abandonadas a su suerte o tratadas indebidamente. Para neutralizar los negativos efectos del *multiculturalismo* se precisa una política socioeducativa impulsora de *interculturalismo*, noción que empleamos en el mismo buen sentido que ha cristalizado en los círculos pedagógicos europeos, es decir, como “intercambio enriquecedor entre culturas”.
- El retroceso de los valores y el consiguiente relativismo moral. La debilitación axiológica deja al sujeto a merced de las circunstancias, en estado de zozobra y confusión, desprovisto de asideros éticos.
- Las nuevas servidumbres y opresiones generadas por los mecanismos tecnológicos, burocráticos, políticos y económicos ejercen igualmente un impacto negativo sobre la identidad. La vida es en gran medida vigilada, administrada y controlada. En la sofisticada sociedad panóptica y teledirigida el excesivo control hurta intimidad al ciudadano y lo enajena.
- La perversa utilización de los medios de información. No es extraño que los medios falseen la realidad con tal de ganar audiencia, lo que perturba la relación del sujeto con su entorno y consigo mismo. El sensacionalismo, la artificialidad, etc., son algunos de los recursos utilizados por los *mass media* y tienen un efecto insidioso.
- La tendencia a metamorfosear el *sí mismo* con el concurso de la nueva tecnología, sobre todo internet, según se advierte en la creciente adopción de autoimágenes distorsionadas. Es interesante, por ejemplo, el estudio realizado en Chile por Zegers, Larraín y Trapp (2004) sobre el impacto que la comunicación a través del “chat” tiene en la identidad de estudiantes universitarios. Aun cuando los autores constatan algunos aspectos positivos de esta vía electrónica cada vez más utilizada para relacionarse, también observaron factores de riesgo para la identidad, sobre todo derivados de la asunción de diversas representaciones personales engañosas.

- La deshumanización en algunas ciudades es fuente de malestar y desequilibrio que empuja a buscar evasiones inadecuadas.
- El abuso del alcohol y otras drogas, ya que rápidamente desorganizan psicológicamente a quienes quedan atrapados en sus fauces.
- La pluralidad de papeles carentes de conexión entre sí que cada vez más personas están llamadas a realizar, etc. En estas situaciones se torna difícil “mantener el tipo”.
- La globalización psicosociocultural en cuanto fenómeno planetario que lleva a la expansión descontrolada de ideas, actitudes, valores, sentimientos y conductas. En su vertiente negativa los elementos culturales hegemónicos se imponen y las manifestaciones locales vulnerables quedan arrumbadas, con el consiguiente riesgo de pérdida o fragmentación de la identidad. Ahora bien, como dicen Rizvi y Lingard (2013, p. 242), es preciso reimaginar otra globalización, que no rechace la interconectividad y la interdependencia global, sino que busque interpretarlas de manera distinta y que, por supuesto, reconozca el papel que la cultura está llamada a desempeñar en el conjunto de la humanidad. Se trata, en suma, de democratizar la globalización, de ponerla al servicio del empoderamiento, y de que seamos crecientemente conscientes de la entreveración entre lo local, lo regional, lo nacional y lo global. ‘Planeta’ viene del lat. *planēta*, y este del gr. *πλανήτης* *planētēs*; propiamente ‘errante’. En verdad, la Tierra es una y todos sus habitantes, los humanos, viajamos por la vida, llamada a enriquecerse con nuestra impronta cultural.
- El ascenso del nacionalismo excluyente, a menudo con el concurso de una enseñanza perversa, suele caracterizarse por la hipertrofia de alguna vertiente identitaria y por la disfunción y el hermetismo de dimensiones personales esenciales. A resulta de esta situación no es extraño que broten las conductas cainitas.

Las sombras que se ciernen sobre la identidad son alargadas. La lista ofrecida no es exhaustiva, pero muestra que son numerosas las fuerzas que operan en contra de la identidad personal y aun colectiva. Paradójicamente, como bien se ha encargado de señalar Revilla (2003), hay en la actualidad ciertos poderosos anclajes problemáticos de la identidad personal, entre los que este autor cita el *cuervo*, ya que, si pensamos en la omnipresencia de la tecnología, acaso esté más expuesto que nunca, voluntariamente o no, a la mirada (re)conocedora de uno mismo y de los demás. Otra de las conflictivas

sujeciones identitarias, asociadas al cuerpo, sería el *nombre propio*, “marca” del propio linaje a la que nos asimos, por la que se nos conoce y en la que nos reconocemos, y de la que, aunque queramos, es muy difícil liberarse, si tenemos en cuenta los crecientes rastros digitales existentes cuyas implicaciones alcanzan, mal que nos pese, el ámbito fiscal, económico, laboral, sanitario, social, etcétera.

El *núcleo identitario* de los niños, adolescentes y ancianos es carcomido con más facilidad que el de “jóvenes maduros” y de adultos por la atmósfera enajenante de la que, según veremos después, ni siquiera se libran la familia y la escuela. Desde una perspectiva psicoevolutiva diferencial debe recordarse a grandes trazos que en la dilatada infancia se cimenta la identidad. Es un período estructurante de enorme plasticidad en el que, al igual que sucede con la personalidad, tienen mucha influencia los factores ambientales. A este estadio del desarrollo sigue la adolescencia, que hoy, en parte como consecuencia de su prolongación, se caracteriza por una mayor crisis identitaria que entorpece el proceso madurativo. El popular “síndrome de Peter Pan”, inspirado en el archiconocido personaje de la literatura infantil, designa al cada vez mayor número de “adolescentes perpetuos” que no quieren o no saben crecer y que, independientemente de su edad cronológica, exhiben inmadurez afectiva, labilidad emocional, narcisismo, escasa voluntad, irresponsabilidad, ausencia de proyecto vital, etcétera.

188

Como indica Erikson (2000, p. 77), la antítesis de la identidad es la *confusión de identidad*, experiencia normativa y necesaria que, sin embargo, puede agravar la regresión patológica y ser agravada por ésta. A este respecto, hay que pensar en la virulencia de la crisis identitaria de un buen número de adolescentes y la consiguiente vulnerabilidad a trastornos, toxicomanías, etcétera.

Las dificultades para acceder al mundo laboral explican en parte la dilatación de la adolescencia y el agravamiento de la crisis identitaria en esta etapa. Sobre esta cuestión pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Agulló (1998) y de Moral y Ovejero (1999).

Es preciso insistir en que ninguna edad está libre de conflictos identitarios, entre otras razones porque, según se ha visto, los problemas pueden arrastrarse o presentarse en cualquier momento: desempleo, separación traumática, enfermedad, etc., que eventualmente tienen un negativo impacto biográfico. De cualquier modo, siguiendo nuestro hilo discursivo damos un salto evolutivo para llegar a la senectud. En esta etapa la identidad no tiene por qué perturbarse ni quebrarse. Se trata, de hecho, de una época de amplias posibilidades personales. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que la exposición del anciano a distintas circunstancias: debilitación general,

enfermedades (sobre todo cuadros demenciales, aunque pueden presentarse en edades más tempranas), soledad, estrechez económica, carencia de apoyo social, etc., pueden empujarle hacia problemas de identidad. Lo lamentable es que un buen número de estas situaciones, aun siendo prevenibles, no cuentan todavía con el necesario compromiso político e institucional. Excepcionalmente rompemos una lanza por los programas pedagógicos destinados a las personas mayores que tanto beneficio aportan a la actividad física e intelectual del anciano, así como a su despliegue relacional y emocional.

3. EL PAPEL DE LA AFECTIVIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

Al considerar la configuración y la organización de la identidad no podemos prescindir del relevante papel de la afectividad, al menos por dos razones concatenadas. Una, porque la afectividad deja su impronta desde la temprana infancia. El desarrollo psíquico del niño se perturba sin suficiente afecto. Rof Carballo (1997) ha tenido el enorme acierto de consagrar el término ‘urdimbre’ para designar el substrato del mundo emocional, cuya alteración tiene impacto negativo en la salud mental y corporal. Sostiene este eximio humanista en su obra *Violencia y ternura* que la *urdimbre primigenia o constitutiva*, cuando es equilibrada y segura, fomenta la confianza básica del niño hacia su cuerpo, el mundo exterior y la propia mismidad. Esta urdimbre primera, cálida y segura, fruto de la unión armoniosa y amorosa con la madre, es condición fundamental para que el esbozo del “yo” sea consistente. En mayor o menor grado la urdimbre inicial subsiste siempre y colorea decisivamente las etapas segunda y tercera del desarrollo humano: la *urdimbre de orden* en los 4-5 primeros años de la vida y la *urdimbre de identidad* en la adolescencia.

La segunda razón tiene que ver con la potencialidad del mundo afectivo en la captación del sí mismo o *self*. El proceso por el cual la persona se autodescubre no es meramente cognitivo, también es emocional. El sujeto se siente a sí mismo de manera continua. Por cierto, de esa forma de sentirse va a depender en gran medida el propio equilibrio personal y la relación con los demás. No es extraño que se haya dado tanta importancia a la autoestima, pues la escasa querencia por uno mismo torna al sujeto más vulnerable a los desajustes psicológicos.

El primer motor emocional del niño, que puede estimular o frenar su despliegue identitario, ha de buscarse en el seno familiar. Posteriormente, en la institución escolar, transcurre buena parte de la vida infantil y adolescente,

por lo que nada tiene de raro que el ambiente predominante en los centros y particularmente la naturaleza de las relaciones interpersonales que se establecen influyan en el desarrollo psicológico e identitario de los escolares.

Por desgracia, en el ámbito escolar aún no se cultiva sistemáticamente la afectividad ni otros aspectos extracognitivos. Aunque se vislumbra un cierto cambio de rumbo, el peso de la que denomino “escuela-intelectualista” es patente.

4. FORTALECIMIENTO DE LA IDENTIDAD

La trascendencia asumida por el dominio afectivo en la compleja realidad identitaria se patentiza tanto en el hecho de que el sujeto se aprehende en buena medida por vía emocional cuanto porque la afectividad coopera decisivamente en la construcción de la identidad. Pese a la magnitud de la experiencia emocional se advierten en nuestra sociedad signos afectivos regresivos incluso en la familia y la escuela. El retroceso emocional es tal que cada vez más personas pueden hacer suyos los versos del poeta luso Pessoa (1999, p. 94): “Viven en nosotros innúmeros,/si pienso o siento, ignoro/ quién es quien piensa o siente./ Soy tan sólo el lugar/ donde se siente o piensa”.

190

La identidad personal corre el peligro de quebrarse en la etapa adulta y de perturbarse en las edades del desarrollo. Por todo ello, nuestro compromiso con la educación nos lleva a consignar que uno de los objetivos pedagógicos perentorios es *promover la forja de una identidad básica saludable en una sociedad crecientemente compleja*, so pena de que la *psicopatología de la identidad* se extienda de modo alarmante.

Las vías pedagógicas impulsoras de robustez identitaria han de favorecer el (re)encuentro personal en el ámbito familiar, escolar, laboral y social. En la actualidad no son pocas las personas que se hallan en permanente proceso de adaptación a nuevas situaciones, exigencias y tecnologías. Este ajuste continuo genera *enajenación*, esto es, un estado en que el sujeto se encuentra turbado y “fuera de sí”. Pues bien, para que el sujeto pueda “disponer” de sí mismo se precisa acción formativa encaminada a robustecer su esencialidad, su fuerza y su raíz, vale decir, su ser. Únicamente de este modo cesará el autodistanciamiento y la alienación. A este respecto, hay que insistir en que la senda emocional constituye uno de los caminos educativos regios para el despliegue identitario.

Las reflexiones anteriores permiten enlazar con una cuestión educativa capital: la que se refiere al *proyecto vital* que cada persona está llamada a construir. El educando, hijo o alumno, debe diseñar y realizar su propia programación de vida, suficientemente amplia y flexible como para adaptarse a los distintos requerimientos que puedan surgir. Si no cuenta con este mapa estará en permanente riesgo de naufragio, esto es, al borde de la desorganización y sin horizonte al que dirigirse. En la medida en que la familia y la escuela colaboren entre sí y le ayuden de modo gradual a elaborar su plan personal estarán facilitando la construcción saludable de la identidad. Admitido que el camino se hace al andar es preferible disponer de un “esquema de ruta” que ir a ciegas.

Con objeto de robustecer la identidad desde la familia y la escuela proponemos seguidamente algunos canales que, *mutatis mutandis*, enriquecen el mundo emocional, convenientemente entreverado con la cognición.

4.1 La “*inteligencia afectiva*” y su *potencialidad estructurante de la identidad*

El encuentro de la razón y el sentimiento posibilita el progreso identitario, merced al paulatino conocimiento, expresión y canalización de la afectividad. La “*inteligencia afectiva*” (Martínez-Otero, 2004, pp. 96-102) ilumina y orienta adecuadamente el torrente emocional y el comportamiento. Sus implicaciones se extienden a las distintas situaciones interhumanas y experiencias vitales. Por eso es menester desarrollarla desde la temprana infancia. La plasticidad cerebral durante la niñez hace especialmente apropiada esta etapa para el enriquecimiento unitario de la cognición y la emoción. Condicionantes genéticos aparte, debe recordarse que la organización del cerebro y la estructuración de la personalidad y de la identidad acontecen en gran medida gracias a la educación que se recibe, primero en la familia y después en la escuela. Los padres y profesores cuentan con numerosas vías para fomentar el despliegue intelectual y emocional:

- *El fortalecimiento de la comunidad.* El concepto de comunidad, del latín *communitas*, *-atis*, nos remite a la idea de unidad de convivencia, es decir, a una realidad *común* en la que el proceso de personalización y la construcción identitaria se ven favorecidos por la participación y la comunicación genuinas. Las dos comunidades educativas más importantes son la familia y la escuela, hoy debilitadas.
- *El ejemplo.* El modelo ofrecido por los padres y profesores impacta cognitiva y emocionalmente en los más pequeños. El repertorio

conductual observado en las personas cercanas y significativas tiende a imitarse. Así, el optimismo o pesimismo, la manera de relacionarse, el tono vital básico, etc., dependen en gran medida del aprendizaje familiar y escolar durante la infancia.

- *La actitud cordial.* El clima favorecedor de inteligencia afectiva está presidido por la cordialidad (del latín, *cor, cordis* = corazón), es decir, por la comprensión empática, el respeto, la confianza, la comunicación, la sinceridad y la cooperación. La cordialidad genera seguridad y favorece la maduración. Esta disposición emocional de los educadores, patente en las pequeñas acciones cotidianas, fomenta el encuentro, fortalece la vida comunitaria y estimula la identificación y la expresión de la afectividad, al igual que su adecuada canalización.
- *La estimulación intelectual.* No se trata de recibir sin más gran cantidad de estímulos intelectuales, sino de que éstos sean variados y beneficiosos. A los padres y profesores corresponde en gran medida construir un ambiente que despierte el amor a la cultura en sus diversas manifestaciones. Esta siembra, apoyada en la lectura y la práctica de la razón, así como en actividades lúdicas y deportivas, fructifica en la personalidad infantil en forma de sana curiosidad, inclinación a explorar el entorno, afición por las letras e interés sociocultural generalizado.
- *La disciplina.* A través de normas razonadas y razonables el educando adquiere y refuerza herramientas de elevado valor para la autodelimitación psíquica y la convivencia. Una disciplina de nítido signo humanista permite canalizar la energía intelectual y afectiva del niño, que de otro modo se reprime o desborda. Es bien sabido que tanto el autoritarismo como la permisividad desembocan en comportamientos inadecuados. El autodominio y el crecimiento personal acontecen en un marco disciplinar ético en que prime la sensatez y la estabilidad emocional de los adultos y su proyección en el establecimiento compartido con los niños de reglas apropiadas.

Es bien cierto que la práctica de la inteligencia afectiva en la familia y en la escuela presenta notas diferenciales, pero las orientaciones pedagógicas anteriores, por fuerza generales, pueden servir de muestra. Procede recordar asimismo que las disposiciones temperamentales no determinan la trayectoria vital. Gracias a la actuación educativa en el vasto campo cognitivo-emocional se fortalecen y aquilatan muchos aspectos de la personalidad, en la que la vivencia de uno mismo tiene una presencia fundamental. El cultivo de la inteligencia afectiva permite al sujeto organizar las experiencias,

tomar posesión de sí mismo y actuar equilibradamente. No en vano, como dice Castilla del Pino (2000, p. 41), el contacto con la realidad, en cuanto problema que ha de resolverse, es cognitivo, y en cuanto generador de placer o displacer, es emocional.

5. EPÍTOME

La sociedad es hoy más compleja que la de hace pocas décadas, sobre todo como consecuencia de la tecnificación y el multiculturalismo galopantes. Este dinámico escenario condiciona el desarrollo y las relaciones personales de los actores, incluso en la familia y la escuela. Por un lado, es preciso realizar constantes y grandes esfuerzos de adaptación a las innovaciones tecnológicas. Por otro, la interacción en contextos humanos heterogéneos, sobre todo en centros educativos que adolecen de inadecuada canalización del fenómeno multicultural, torna difícil la relación interpersonal. En estas situaciones abandonadas a su suerte, la cercanía y la disponibilidad individuales son sustituidas por la desconfianza, la sospecha y el distanciamiento, a pesar de la proximidad física. La entropía es tal que el propio contacto del sujeto consigo mismo se perturba con más facilidad. Los niños y adolescentes inmigrantes, por ejemplo, están más expuestos a esta alteración por sufrir en mayor cuantía el aislamiento y la debilitación/ausencia de vínculos, la extrañeza por los múltiples cambios y el estrés por las exigencias de acelerado acomodo, el “duelo migratorio”, etcétera.

La debilitación de la identidad personal básica se produce tanto en la escuela como en la familia, como queda recogido en el texto. Sin entrar en la ortodoxia nosológica se detecta en nuestro tiempo una cierta corriente disociativa de la identidad que suele concretarse en “despersonalización”, por la cual un significativo número de sujetos de todas las edades experimentan un bloqueo cognitivo-emocional y sensaciones de extrañeza ante sí mismos y ante los demás en entornos crecientemente artificiales. Desde una perspectiva psicosociocultural el fenómeno de disgregación identitaria avanza y, si bien se requiere un abordaje multilateral y multidisciplinar, la Pedagogía ha de prestar más atención a los procesos de maduración personal y un nítido compromiso educativo que impulse la robustez identitaria en las dos magnas instituciones y en la sociedad en su conjunto.

No podemos permanecer de brazos cruzados para lamentarnos después. Se precisa un trabajo social y educativo en pro de la convivencia. En rigor, vivir exige entrar en saludable relación con los demás, es decir, convivir. Cuando no sucede así la personalización educativa renquea y la identidad se ve amenazada. La ciencia pedagógica debe abanderar la transformación

formativa que garantice un marco humano suficientemente consistente en el que niños y adolescentes se desarrollen saludable e integralmente. A tal respecto, y pese a que son numerosos los factores en liza, la *teoría de la inteligencia afectiva* que propugnamos se presenta como una atalaya desde la que el educando es contemplado como persona y no como mero individuo racional. Interesa resaltar que, a fuerza de entregarse por igual a los dominios cognitivo y emocional, este enfoque teórico de amplio alcance práctico adopta un rumbo genuinamente humanista. Como se ha querido mostrar en este artículo, el cultivo emocional combinado con el intelectual beneficia el desarrollo identitario y el proceso de desarrollo individual y colectivo.

Por otra parte, dada la versatilidad de la realidad, es totalmente necesario estimular en el educando la flexibilidad y la capacidad de ajuste, para que no quede a merced de las circunstancias, cual si de un “alumno-veleta” se tratase. En nuestros días, no son pocos los escolares que, al carecer de adecuada orientación cognitivo-emocional, se extravían.

En síntesis, lo que sostenemos es que si la personalidad es heterogénea y rica el proceso formativo no puede ser homogeneizador y pobre. La educación no ha de quedar anclada en el pretérito. Por difícil que resulte, debe abrirse a la consideración plena de la realidad personal. Acaso ésta sea la única manera de sentir y cantar con el bardo Whitman (1981, p. 59): “Más allá de vaivenes y tensiones se eleva lo que soy”.

194

BIBLIOGRAFÍA

- Agulló Tomás, E. (1998). “La centralidad del trabajo en el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes: una aproximación psicosocial”. *Psicothema*, 10 (1), 153-165.
- Alonso Fernández, F. (2005). *El Quijote y su laberinto vital*. Barcelona: Anthropos.
- Castilla del Pino, C. (2000). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Tusquets.
- Cervantes, M. de (1994). *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: RBA.
- Erikson, E. H. (2000). *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Marcús, J. (2011). “Apuntes sobre el concepto de identidad”. *Intersticios. Revista sociológica de Pensamiento Crítico*, 5 (1), 107-114.
- Martínez-Otero, V. (2004). *Teoría y práctica de la educación*. Madrid: CCS.
- Moral Jiménez, M. V. y Ovejero Bernal, A. (1999). “La construcción retardada de la identidad profesional en jóvenes”. *Psicothema*, 11 (1), 83-96.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós.

- Pessoa, F. (1999). *Odas de Ricardo Reis*. Madrid: Unidad Editorial.
- Revilla, J. C. (2003). "Los anclajes de la identidad personal". *Athenea Digital*, 4,1-14.
- Ricoeur, P. (1989). "La vida: un relato en busca de narrador". En Ricoeur, P., *Educación y política* (45-58). Buenos Aires: Docencia.
- Rizvi, F. y Lingard, B. (2013). *Políticas educativas en un mundo globalizado*. Madrid: Morata.
- Rof Carballo, J. (1997). *Violencia y ternura*. Madrid: Espasa Calpe.
- Shutz, A. (1955). "Don Quijote y el problema de la realidad". *Diánoia*, 1 (1), 312-330.
- Whitman, W. (1981). *Canto a mí mismo*. Madrid: Felmar.
- Zegers, B., Larraín, M. E. y Trapp, A. (2004). "El Chat: ¿medio de comunicación o laboratorio de experimentación de la identidad? Estudio en una muestra de 124 estudiantes universitarios de Santiago de Chile". *Psyche*, 13 (1), 53-69.

